

# **LOS LÍMITES DEL MUNDO**

**Landeron II**

Paula de Vera

NO COPYAR

2ª edición: noviembre 2020

Diseño portada: Alexia Jorques

NO COPYAR



Mapa: Aya Athalia

NO COPIAR

*Para Tasia, por tu eterno amor, cariño  
y paciencia. Por escucharme, mimarme y  
siempre concederme la magia de tu saber.*

NO COPIAR



*«Todos temíamos el Bosque, pero el valle era nuestro hogar.  
¿Cómo puede uno abandonar su hogar?»*

*NAOMI NOVIK, «UN CUENTO OSCURO».*

NO COPYAR

## *Agua turbia*

Aquella sima estaba oscura como boca de lobo. Su forma cónica, apenas iluminada por un círculo de roca que recortaba el cielo más arriba, descendía hasta una profundidad que la criatura no podía siquiera intuir. El tritón bufó y onduló su larga cola despacio, descendiendo palmo a palmo junto a la pared mientras sus ojos se movían en todas direcciones, buscando el preciado tesoro que le habían encargado recuperar.

Las anémonas ondearon a su paso, siguiendo el recorrido de sus escamas. Los escasos corales, rodeados de pequeños pececillos, permanecían casi estáticos mientras él sorteaba un arrecife tras otro. Cada pequeña gruta que se abría ante sus ojos era escudriñada minuciosamente, sin resultado. En aquellas más diminutas, donde la vista no era un instrumento eficaz, los dedos palmeados del tritón escarbaban con suavidad en la arena del oscuro fondo. Pero todo era en vano.

«Tiene que estar por aquí», bufó para sus adentros, empezando a desesperarse. «No me harían bajar a esta sima sin una buena razón».

El problema también residía en que, cuanto más descendiese, mayor sería el peligro. «Quizá se trate de eso», pensó, maldiciendo su idiotez al no haber caído en ello antes. Si el octógono de zafiro hubiese estado a plena vista, cualquiera podría encontrarlo. Ahí residía la cuestión.

Moviendo las agallas para recuperar algo de oxígeno, la criatura continuó su descenso, deteniéndose al cabo de varios metros y quedando con la mirada fija en un punto del muro rocoso de su derecha.

Un brillo. Tenue, pero estaba ahí. El tritón se deslizó, pegándose al arrecife cercano, antes de echar un ojo por la pequeña abertura. Su mano cabría perfecta tanto a la entrada, abierta, como cerrada en puño al sacar el preciado objeto. Lo había conseguido.

Confiado, el tritón introdujo los dedos y sacó el reluciente zafiro, que brillaba incluso en aquella zona tan umbría. Sin embargo, cuando estaba dispuesto a emprender el ascenso, un dolor lacerante en la mitad de la cola hizo que maldijese y casi soltara su premio. Jurando por lo bajo, serpenteó hasta colocarse en una posición que le permitiese ver la lesión; y, en su caso, al atacante. Puesto que, al comprobar su reacción, la gran morena moteada responsable del ataque surgió como una flecha del oscuro fondo de la sima, queriendo rematar a su presa. El tritón movió entonces la mano izquierda, donde portaba un bastón de aguamarina rematado por un cuarzo verde que se iluminó ante la rápida pronunciación de un conjuro *sammonen*. La lengua de los magos.

Un chorro de agua hirviendo se disparó hacia la criatura; esta trató de sortearlo, pero recibió un ramalazo en la cola que solo la enfureció más. Con decisión, el animal se lanzó contra el intruso. Este, a pesar del dolor de su apéndice posterior, consiguió girar su cuerpo por completo para apartarse de su trayectoria y, acto seguido, lanzó el mango del bastón hacia su escurridizo enemigo. Como sospechaba, le dio justo en la mitad del cuerpo e hizo que la morena se encorvase, poniendo su cabeza cercana a la del tritón. Con un grito, este aprovechó la ocasión para clavarle el cuarzo superior del bastón en un ojo.

Para su fortuna, aunque la bestia aulló de manera bastante estridente, dicho gesto hizo que la pelea concluyese con la huida de esta última de nuevo hacia las profundidades. El tritón resopló, notando cómo la adrenalina lo abandonaba de golpe. Necesitaba llegar a la superficie. La morena volvería, seguro. Y esta vez no podría hacerle frente.

Por ello, con un esfuerzo sobrehumano, el ser escamoso ascendió ayudándose de los salientes de la pared rocosa con las manos mientras el zafiro relucía entre sus dientes verdosos. Debía llegar... Solo un poco más...

La bocanada de aire que tomó nada más salir, escupiendo el zafiro casi al mismo tiempo, fue como volver a nacer. Se sentía

seguro, todo había terminado. Mientras las escamas retrocedían para dejar paso a su verdadero ser, el joven aprendiz de mago se arrastró gimiendo al exterior de la sima y se dejó caer sobre el mármol pulido, agotado.

—Prueba concluida —manifestó una voz suave procedente de ninguna parte, pero en un tono lo suficientemente elevado como para que el muchacho, rubio y de unos aparentes veinte años, alzara la cabeza, resoplara y se incorporara sobre una rodilla. Para su sorpresa, el dolor de unos minutos atrás estaba remitiendo a gran velocidad, tanto que ya no era más que un simple cosquilleo—. Ankel Adhelys, listo para evaluación.

El joven contuvo una mueca de disgusto mientras la penumbra daba paso a la luz aséptica y blanquecina de la Sala Principal de Examen de Dysehn, capital del reino de los magos. Frente a él, a varios metros sobre su cabeza, se alzaba el balcón de los examinadores. Como de costumbre, el Gran Maestro Esylo presidía el tribunal.

—Joven Adhelys, has demostrado una gran capacidad de intuición, valor y determinación en esta, tu última prueba para ser nombrado oficialmente Mago Superior. Con esto, tu aprendizaje concluye y pasarás a formar parte de nuestra gran Comunidad. Tras deliberar con el Consejo, tu calificación será... —Ankel contuvo la respiración, pero no pudo disimular su sorpresa cuando Esylo pronunció—. Pase con Distinción. Enhorabuena, Ankel. Que Imno te proteja y guíe siempre tu espíritu.

Aún aturdido, el rubio joven apenas atinó a realizar la reverencia de rigor antes de salir por la puerta lateral habilitada para que los estudiantes retornaran al recinto de exámenes. Este constaba de un enorme pabellón circular, cuyo vasto recibidor formaba un anillo alrededor de la sala que acababa de abandonar. Otras dependencias —cuartos de estudio, cantinas y similares— se repartían por el mismo sin alterar en ningún momento su armonía espacial.

Los despachos, las salas de reuniones y las alcobas de los examinadores se localizaban en el piso superior, rodeando la sala de exámenes por uno de sus costados.

Ankel aferró su báculo de aguamarina, el que llevaba portando casi desde que pasó a la última fase de aprendizaje —básicamente, sus últimos veinte años de vida—, y se dirigió hacia la salida cabizbajo y con cara de pocos amigos. Pero una potente voz a su espalda lo retuvo de mala gana.

Cuando se giró, Esylo se encontraba de pie a apenas dos metros de distancia y el muchacho tragó saliva. «Ahora no», rezongó para sus adentros. Pero, por lo visto, el destino no estaba de su parte. El Maestro se aproximó lentamente con una sonrisa conciliadora.

—Enhorabuena, Ankel. Ya eres uno de nosotros.

El aludido frunció los labios y asintió secamente.

—¿Pase con Distinción? ¿En serio?

El rostro de Esylo se ensombreció.

—¿Cuestionas la decisión del Consejo?

Ankel sacudió la cabeza, irritado.

—Cometí un error —arguyó—. Si hubiese prestado más atención, quizá merecería el Pase con Distinción. Pero...

—Ankel —Esylo lo interrumpió poniendo las manos sobre sus hombros—. Te conozco. Eres un joven muy prometedor...

—Tu hijo también —apuntó él, todavía resentido.

Esylo suspiró y retiró las manos, no sin poder evitar que una mueca irónica marcara las incipientes arrugas de su rostro.

—Créeme que siendo parcial no duras mucho como Maestro Supremo —ironizó, lo que arrancó una ligera sonrisa a su retoño. Entonces, Esylo pasó un brazo por los hombros del joven y lo condujo de nuevo hacia una de las dependencias del enorme edificio—. Vamos, hijo. Deja de castigarte tanto y elijamos tus dos recompensas. Además —agregó en tono más bajo y misterioso—. Hay algo de lo que quiero hablarte.

NO COPYAR

## *La rueda del destino*

Cuando Aldin volteó la última carta, un ligero rayo de sol que se adentraba desde el balcón refulgió sobre la misma, pero eso no mejoró su ánimo. «Debo de haberlo hecho mal», suspiró por enésima vez. Con hastío, recogió las cartas extendidas frente a ella y retornó la vista al libro donde se explicaban todos los métodos de adivinación mediante tarot; tratando de ver si, efectivamente, algo se le había pasado por alto. Pero no: tras quemarse las pestañas durante cinco largos minutos, tuvo que rendirse a la evidencia.

El presagio tenía que ser correcto.

Con un suspiro de agotamiento, la joven princesa parpadeó y se levantó del asiento, notando cómo todos sus músculos protestaban. No en vano, llevaba casi dos horas allí sentada. Para desentumecerse, la muchacha optó por pasear por la habitación sin poder dejar de maravillarse de cómo había cambiado en los últimos nueve meses.

Donde antes había muros desnudos, ahora se veían tapices, anaqueles de tallado exquisito poblados de libros y diferentes objetos; incluso algunos cuadros. Sin quererlo, Aldin se detuvo junto a uno que habían encontrado de casualidad en un sótano del castillo. Una pareja joven ricamente vestida, cuyas cabezas se encontraban ceñidas por sendas coronas de oro blanco y plata pulida entrelazados. Ella tenía el pelo castaño suelto sobre los hombros y los ojos de un verde intenso, mientras que él tenía el pelo negro como el ala de un cuervo y los ojos de un curioso tono azul grisáceo.

La primera vez que Aldin se había cruzado con aquella pintura, había retrocedido, mareada. Sin quererlo, casi había notado el vínculo en el tiempo con aquellas dos figuras estáticas, silenciosas pero sonrientes.

Los últimos reyes de Mehyan. La única barrera que Thaeber había tenido que derribar para intentar llegar hasta ella.



La princesa bufó, disgustada. No era ningún secreto en Landeron que habían sido sus huestes las que habían arrasado la ciudad en su día y, tras el rapto de Xelanya por parte de los antiguos habitantes de la antaño orgullosa capital de Gadar, solo había que sumar dos y dos. Pero Aldin intuía que había algo más aparte de su profecía.

Porque, ¿cómo podía ser ella descendiente del mismísimo Aden, dios de los gadarath? Aunque no había encontrado nada en su día en la biblioteca de Mehyan, la llegada en los meses anteriores de nuevos miembros de su misma raza a la ciudad –muchos procedentes de rincones remotos de Gadar y más animados por la esperanza de tener de nuevo una princesa en el trono que temerosos de la maldición, por suerte– había hecho que cayeran en sus manos nuevos manuscritos, leyendas e historias sobre su pueblo.

Solo con estudiar un poco de la mitología de los gadarath, la joven había descubierto enseguida aquel nombre en algunas líneas, como un diminuto rayo de esperanza entre la tormenta; pero aparte de historias y mitos sobre divinidades menores, al cabo de varias sesiones de estudio minucioso la joven tuvo que rendirse a la evidencia: la información existente sobre Aden, el dios principal de los gadarath, era casi ínfima. Y Aldin no dejaba de darle vueltas a lo que aquello podía significar.

Pero, al margen de eso, cuando decidió entregarse por fin al estudio de su pueblo con el ahínco debido, sus costumbres y sus tradiciones, dispuesta a afrontarlo con la seriedad que su cargo exigía, descubrió que cada vez quería saber más, sobre ellos... y en especial sobre él. Recuperó los libros que había descartado en la biblioteca y se sumergió de lleno en aquel conocimiento. «Tiene que estar por aquí», se repetía. «Se me ha tenido que pasar por alto, seguro». Era como una obsesión insana por encontrar ese vínculo imposible entre aquella criatura ancestral y ella misma.

Por desgracia, sus cada vez más frecuentes obligaciones palaciegas la habían apartado a menudo del estudio y no podía dedicarle el tiempo ni la concentración que en realidad deseaba. Puesto

que, a pesar de la reticencia que algunos seguían teniendo a la maldición de Mehyan, cada vez más seres de todo Landeron cruzaban las tierras de Gadar; y la mayoría de ellos paraban en la capital o bien para presentar sus respetos, o bien para pedir tierras y asentamiento para empezar de cero.

Aldin se presionó el puente de la nariz, reflexiva, mientras se encaminaba hacia el balcón del dormitorio real y se apoyaba sobre la columna izquierda del mismo, apenas oculta por los cortinajes púrpuras. Igual que en Lar, allí veía seres huyendo de sus hogares y pidiendo refugio. Y si antes no entendía bien a qué se debía, ahora lo tenía claro. La guerra contra la oscuridad; y no solo de unos pocos, sino de todo el continente.

Pero, ¿por qué? ¿Qué ganaba realmente ThaeDer con todo aquello? ¿Y por qué ella había ido a caer en medio de semejante juego de poder?

Antes de poder encontrar respuesta, como de costumbre, sus obligaciones como princesa la reclamaron con unos suaves golpes sobre la puerta del dormitorio. Aldin inspiró hondo y se irguió, atusándose la tiara de plata con la yema de los dedos.

—Adelante —murmuró, sin apenas moverse de su posición.

Pero cual no fue su sorpresa al ver entrar a Êgan. Debía reconocer que, desde que lo conocía, había sido su mano derecha prácticamente para todo. A pesar de haber vivido como esclavo de los ogros durante tantos años, parecía entender de política, de tratos, de arrendamientos. De... ¿todo? Lo que Aldin necesitaba saber. Y por ello, la joven sentía un aleteo en el pecho cada vez que lo veía aparecer. Si él permanecía a su lado, nada malo podría suceder. Se sentía segura.

Salvo, quizá, el presagio que mostraban las cartas. «Tienen que estar equivocadas», se intentó convencer por milésima vez. Sin embargo, su pose de entereza debió de ser desmentida por algún detalle; porque, tras saludarse con las reverencias correspondientes, Êgan se acercó con expresión preocupada.

—¿Va todo bien, alteza?

Aldin torció aún más el gesto.

—Por favor, señor conde —lo chinchó ligeramente. Sabía que él también odiaba ese título, más aún desde que se había confirmado su ascendencia mediante la correspondencia con su madre, la condesa de Gaemar—. Os ruego que no me llaméis así. No cuando hemos pasado por tantas cosas juntos...

Êgan, por su parte, se relajó mientras reía entre dientes. Tocado y hundido.

—Está bien, Aldin —se acercó más al balcón y se cruzó de brazos, expectante—. ¿Qué te ocurre?

La joven resopló, derrumbándose del todo su postura de firmeza artificial, al tiempo que los ojos le brillaban de una manera que al futuro conde le provocó un vuelco al corazón.

—He estado... practicando con las cartas —confesó finalmente con cansancio.

Pero Êgan, para su sorpresa, solo enarcó una ceja curiosa.

—Y eso te preocupa, porque... —la instó a continuar.

Aldin bufó y se volvió hacia la mesa, donde el mazo todavía estaba a medio ordenar. Êgan le había confesado hacía unos meses, poco después de la huida de los espectros, que conocía bien algunas artes de su pueblo y las había llegado a practicar a escondidas. Por lo visto, siempre que el ogro lo enviaba a algún recado al Valle de las Gotas el muchacho había aprovechado a absorber, desde la clandestinidad, todo lo que pudiese sobre las habilidades gadarath: tarot, adivinación con esferas, presagios naturales...

Aunque, sin duda, lo que mejor se le daba era lo primero desde que había conseguido robar una baraja a un pícaro mendigo, volviendo de una compra especial para su amo. Aldin había torcido el gesto ante aquella anécdota, pero Êgan se había reído con tantas ganas que, al final, la sospecha sobre su falta de honradez llegó y pasó como si nada.

Por ello, con un gesto, Aldin invitó en ese instante a su acompañante a sentarse frente a ella mientras barajaba con concentración. Pero Êgan enseguida puso una mano sobre las suyas, frenándola, lo que estremeció a la princesa y le hizo dar un respingo.

—Aldin, sé que estás preocupada por algo y te entiendo, son malos tiempos —adivinó el joven sin esfuerzo—. Pero ya sabes lo que te expliqué en su día. Para la adivinación debes... debemos —se corrigió, incluyéndose como gadarath en el asunto que les ocupaba— tener cabeza fría. Concentración, pero mente abierta. Y ahora mismo —sonrió a medias, retirando la mano y dejando un curioso calor en las de ella— creo que tu cabeza es un torbellino a punto de explotar. Así que —la invitó con una mano—, ¿por qué no me cuentas primero qué te preocupa y luego me enseñas qué tiradas has estado haciendo?

La muchacha se quedó como paralizada en el sitio un segundo, con las manos sosteniendo las cartas en alto, antes de claudicar ante la serenidad de su consejero y amigo; tragó saliva y dejó lentamente el mazo ordenado sobre el tapete azul bordado que cubría la mesa.

—Estoy... inquieta —arrancó, aunque eso fuese evidente para Êgan—. Desde que... Bueno —carraspeó, buscando aclarar su garganta y sus ideas—. Desde lo que sucedió con Xelanya... No ha vuelto a dar señales de vida, estarás de acuerdo conmigo en eso.

Êgan asintió, entrecerrando los ojos mientras meditaba sobre lo expuesto por Aldin y sabiendo bien a quién se refería. Ciertamente, era extraño. Por la información que habían conseguido recabar a través de mensajeros, visitantes y refugiados a la ciudad, la princesa Esmeraldina y su “pequeña corte”, como casi habían empezado a llamarlos de puertas para afuera, se habían enterado de que aparte de ciertas escaramuzas y guerrillas en las montañas orientales de Gönar —las que lindaban con Damsara, territorio de ninfas—, o algunas incursiones de geruk y otras criaturas por las fronteras meridionales de Saheda —territorio de los humanos—, el

movimiento de las tropas oscuras de Lord Thaeber parecía haberse reducido a la nada. Y eso resultaba muy preocupante.

—¿Hemos sabido algo de Baldranel? —preguntó entonces Êgan, descruzando los brazos y apoyando los codos sobre la mesa.

Aldin, apesadumbrada, negó con la cabeza.

—Todavía no, aunque ahora ese parece ser el frente más activo de nuestra guerra...

«Nuestra guerra». Sí: quizá era la denominación más acertada para todo aquello. Cierto que Aldin había nacido predestinada para ello, pero todos los que la habían acompañado y la que-rían habían terminado involucrados, de una manera u otra. Sin embargo, hacía tiempo que por aquella amiga y compañera todos se hubiesen dejado matar gustosamente, llegado el caso. El sentimiento de lealtad entre ellos era inquebrantable y esperaban que siguiera siendo así.

—¿Quieres... enseñarme esa tirada? —preguntó entonces Êgan, buscando sacar a su amiga de sus negros pensamientos. Ante su asentimiento decidido, agregó—. Cabeza fría, recuérdalo —la muchacha inspiró hondo, cerró los ojos y se esforzó por intentar relajarse. Poco a poco, sintiendo el tacto áspero de aquella baraja en las manos, regalo de una anciana vidente procedente de Nïedar, el otro condado que ocupaba Gadar aparte de Gaemar y gobernado por un tío de Mel y Êgan, Aldin abrió la boca para formular su pregunta. Pero Êgan, adivinando rápido sus intenciones, intervino sin brusquedad—. No, Aldin. No lo digas en voz alta —y ante la mirada interrogante de la princesa, se apresuró a aclarar—. Cuando estés con otro gadarath u otra criatura y la tirada sea para ti, la norma dicta que no formules tu pregunta en alto hasta que no haya pasado la predicción.

Aldin mostró una mueca socarrona que el joven hacía tiempo que no veía en su rostro y casi lo hizo sonreír.

—¿Cuestión de mala suerte? —quiso saber ella, mordaz.

Ante lo que Êgan sonrió ampliamente y replicó, divertido:

—No. Por educación.

Aldin soltó una carcajada por lo bajo y el otro la secundó. Pero cuando la muchacha quiso echar la primera carta por fin sobre el tapete, el cartón tembló en su mano. Tragó saliva, respiró hondo... y la volteó sin pensar.

NO COPIAR

NO COPYAR